

APROXIMACIÓN AL CUENTO INFANTIL
(Conferencia pronunciada en el Instituto “Lope de Vega” de Madrid,
el 22 de diciembre de 1994).

Por Ana M.^a Cepeda Gómez

“El sentido más profundo de la existencia reside en los cuentos de hadas que me contaron en mi infancia más que en la realidad que la vida me ha enseñado” (Schiller)

- Érase una vez...
- Había una vez...
- Érase que se era...
- Esto era una vez...
- ¿Quieres que te cuente un cuento? Pues aquí van ciento...

INTRODUCCIÓN

A todos nos han contado, de niños, una historia, un cuento, que comenzaba de esa forma o de otra parecida. Todos tenemos, sin duda, algún recuerdo infantil en el que una persona mayor nos contaba cuentos, sobre todo en los días de lluvia y frío, antes de acostarnos:

“Cuéntame un cuento y luego me duermo”...

Sin ningún esfuerzo especial, recordemos ahora de qué trataban, cuáles eran esos cuentos: Inmediatamente evocaremos a Caperucita Roja, a Blancanieves, a Pulgarcito, a Cenicienta, los Tres Cerditos, El gato con botas... Y siempre habrá alguno que tenga un especial sentido para cada uno de nosotros, nuestro cuento preferido.

Los cuentos están, pues, ligados a nuestra infancia, a los recuerdos más alegres y puros de nuestra vida. Luego hicimos más nuestras esas historias y esos personajes a través de nuestras primeras lecturas; y así, Pulgarcito y Caperucita se quedaron para siempre con nosotros, como una parte importante de nuestro acervo cultural.

Los cuentos, además, siguen unidos a nosotros, los mayores, de otra forma: Ya no nos cuentan cuentos, es verdad, pero ahora somos nosotros los que los contamos, las mismas historias casi siempre, a otros niños...

Este es un punto importante de mi cuento: la *transmisión y reelaboración* continuas y constantes de esos relatos. A nosotros nos los contaron y nosotros los contamos... Por eso ha llegado el momento de hacernos una pregunta:

¿Qué es un cuento? ¿Cuál fue el primer cuento? ¿Dónde nacen los cuentos?

No, que no se asuste nadie. No voy a referirme a cuestiones literarias de géneros y

técnicas, de orígenes y formas... Sólo pretendo reflexionar sobre un aspecto de la tradición, tan importante en estas fechas navideñas que se acercan.

Si alguien nos pregunta *qué es un cuento*, casi todos seríamos capaces de definirlo como:

- una historia más o menos fantástica.
- que alguien, un narrador, dirige a unos oyentes.
- que tiene unos personajes, buenos y malos.
- a los que les ocurren unas historias que casi siempre acaban bien.
- en un lugar y una época bastante vagos e imprecisos.
- y probablemente, añadirían muchos, destinados a los niños...

Pero las cosas no son tan simples ni fáciles como parecen, y definir qué es un cuento ha ocupado y ocupa a mucha gente seria. ¿Por qué?

LA PALABRA "CUENTO". ORIGEN DEL MISMO

Porque el cuento no es un género tan definido como lo es, por ejemplo, la novela. Lo único que le confiere unidad es, lo dice su nombre, el carácter de *ser contado o poder ser contado* y, en segundo lugar, su *brevedad*.

Es difícil, además, fijar la evolución histórica del cuento porque su mismo nombre encierra contenidos bien distintos: Así, sin demasiado rigor científico podemos afirmar que por cuento entendemos:

- a. Narración literaria breve, opuesta a la extensa o novela.
- b. Relato fantástico.
- c. Historia para niños.
- d. Relato corto de intención moral.

En su origen, es una de las formas más antiguas de la literatura popular y de transmisión oral: literatura, pues, todavía vida.

Nació en zonas geográficas muy alejadas entre sí y sin conexión. Se dice que el cuento más antiguo del mundo puede ser uno egipcio, el del *Náufrago*, un relato situado en una isla desierta donde hablan unas serpientes.

Pero lo que se admite sin ninguna duda es que la tradición de las fábulas y cuentos que tanta trascendencia han tenido en la literatura universal tiene su origen en la India, al calor de la literatura budista. Desde el siglo VI a. de C., con la difusión del budismo, las narraciones con moraleja, los cuentos, apólogos, fábulas, etc, pasan a China y Japón, se traducen al persa y al árabe, al griego, hebreo, latín, a las lenguas romances...

A la literatura occidental llegaron en la Edad Media por muy distintos caminos, traducidos del árabe o del persa y así podríamos citar obras por todos conocidas, como el *Libro de Calila e Dimna*, los *Cuentos de Canterbury*, el *Decamerón* de Boccaccio, el *Conde Lucanor* de D. Juan Manuel...

Alguno de vosotros pensará ya que no cumplo mi promesa y que he entrado de lleno en asuntos serios y técnicos. No. He querido simplemente advertir de la complejidad que encierra esa palabra tan simple, cuento, antes de volver a nuestro camino inicial, el de los cuentos infantiles.

Es decir, dejaremos intencionadamente a un lado un considerable número de cuentos, de ayer y de hoy, de carácter popular y folclórico, o cultos e intelectuales, de autor anónimo o bien conocido... Sólo nos ceñiremos a los cuentos infantiles y populares que, resulta que no lo son tanto, ni lo uno ni lo otro...

EL CUENTO INFANTIL

Como hemos apuntado brevemente, siempre se han contado cuentos, a los niños y a los mayores, en todas las épocas y lugares. Pero, ¿en qué momento podemos señalar el nacimiento del cuento infantil?

No lo sabemos, y probablemente sea una de esas preguntas que nunca tendrá respuesta. La literatura infantil es un inmenso cajón de sastre que comprende tanto la específicamente dirigida a los niños, como la oral, dispersa en el folklore y la tradición, e igualmente aquellas obras no dirigidas a ellos.

Desde siempre, los niños se han apropiado de personajes e historias que no iban dirigidos a ellos: Nadie duda que *Las mil y una noches*, *El lazarillo* o *Robinson Crusoe*, *Gulliver...*, no son, por su contenido malicioso, erótico o moralizante, según los casos, relatos apropiados para el mundo infantil, pero *Aladino*, *Lázaro de Tormes* o *Kim de la India* son, sin duda, personajes también populares de nuestra infancia.

En realidad eso no debe extrañarnos: nuestro conocimiento del mundo, nuestra apreciación de la realidad, lo que somos, es una consecuencia de muchas cosas, de nuestros padres y nuestro entorno familiar, pero también, en gran medida, de lo que hemos recibido como herencia cultural; y esa herencia común, sin duda, se ha ido formando a lo largo de generaciones mediante los mitos, las fábulas y los cuentos. Probablemente los cuentos infantiles han nacido como los otros, los cuentos de los adultos, mezclados con el mito y la fábula, para dar una explicación y un sentido a la vida.

CUENTO, MITO Y FÁBULA. RASGOS DEL CUENTO.

“Los cuentos son exploraciones espirituales, lo más parecido a la vida real, revelan la vida humana desde el interior”. (Chesterton)

En muchos casos es difícil distinguir con claridad el *mito* del *cuento*, porque ambos nos hablan en el lenguaje de los símbolos, pero:

— En los mitos, el héroe se presenta a los oyentes como alguien que debe ser imitado, es superior a las personas normales. Nos cuentan hechos únicos. Y sus finales suelen ser trágicos.

— En los cuentos, por el contrario, no se exige nada, proporcionan seguridad y mantienen la promesa de felicidad.

Para que su historia mantenga la atención del niño ha de divertirlo y excitar su curiosidad, tiene que estimular su imaginación, y no hay nada que lo haga mejor que los cuentos, únicos para conseguir todo eso porque son obras de arte comprensibles para el niño. Su significado será, como en toda gran obra de arte, distinto para cada niño y en cada situación.

Y, ¿cuáles son los rasgos de los cuentos, de los auténticos cuentos infantiles?

Los cuentos empiezan generalmente, de una forma realista y problemática: Una madre que envía a su hija a llevar la merienda a su abuela que está enferma (*Caperucita*)...

— Pero, a la vez, en una época y un lugar totalmente vagos e indeterminados (“*En tiempos remotos, cuando bastaba desear una cosa para que se cumpliera*”, “*Cuando los animales hablaban*”, “*En un lejano país*”, “*Hace muchos miles de años*”...).

— Desde ese principio normal, la historia discurre por caminos de fantasía (Esa niña, Caperucita, habla tranquilamente con el lobo). No obstante, hacia los 5 años, cuando los cuentos adquieren todo su sentido, los niños saben perfectamente que las historias no son reales.

— Nos plantean situaciones básicas, con personajes bien definidos, figuras típicas; suprimen los detalles accesorios y en ellos se presenta el bien y el mal, encarnados en personajes y acciones. Es decir, presentan dualidades: el malo no carece de atractivos (vid. la madrastra de Blancanieves) y, a veces, tiene el poder (vid. las hermanas de Cenicienta), pero el héroe es mucho más atractivo, y el niño se identifica con él.

— Aunque sus historias sean normalmente insólitas, se presentan como normales. Y, se dice también, que poseen finales felices. Pero no olvidemos que esa felicidad no siempre ha de entenderse en términos humanos: hay cuentos especialmente entrañables como *La cerillera* o *El soldadito de plomo*, que no ofrecen esa solución... El héroe de los cuentos vive feliz en la tierra (*Y vivieron siempre felices*), pero a veces su felicidad sólo se consigue en el cielo...

— Los héroes no tienen nombres específicos y esto se ve en los títulos: *El pequeño príncipe*, *El patito feo*, *La bella y la bestia*, *El soldadito de plomo*... O los nombres que poseen son muy genéricos: *Cenicienta porque iba manchada de ceniza*, *Caperucita Roja porque llevaba una caperuza*... Además, salvo el protagonista, ningún otro personaje suele tener nombre, sino que serán el *padre*, *madre*, *rey*, *reina*, *madrastra*, *príncipe*, *el lobo*, *el cazador*, *el duende*...

— No se olvide tampoco que los cuentos describen los estados internos, las emociones y los sentimientos mediante imágenes y acciones. Los procesos internos se traducen en imágenes visuales: así, el héroe perdido en un bosque, como símbolo de la angustia. Y ello llega más directamente a la imaginación infantil.

— Son aspectos básicos, pues, de los cuentos, la fantasía, la superación de las amenazas que acechan al héroe, la huida de las mismas y el alivio, con el premio al héroe y el castigo del villano, restableciéndose el orden inicial. Eso explica que los niños prefieran, en última instancia, los relatos e historias del cuento a las del mito.

Las *fábulas* son también cuentos populares, que se transmiten de generación en generación, con intención moralista y personajes irracionales que hablan y actúan como humanos. Pero en ellas no se deja nada a nuestra imaginación ni fantasía. En los cuentos, por el contrario, nos regocijamos con las cosas fantásticas, pero no hemos de aplicarlas a la realidad si no queremos.

Los cuentos infantiles, como las historias bíblicas, los mitos y las fábulas, es cierto que componen la literatura que ha formado la mentalidad durante siglos, pero no lo es menos que los cuentos, son, como vemos, superiores en casi todos los sentidos para el niño. Y aún para los mayores, añadiríamos muchos...

CUENTOS FAMOSOS DE LA LITERATURA OCCIDENTAL

Muchas de esas lecturas infantiles que al principio os recordaba, tenían unos autores, a los cuales es preciso referirse ahora. La literatura infantil clásica de Occidente, los cuentos más famosos, adquieren su forma actual a partir del siglo XVII:

A Perrault, en 1697, debemos una primera colección de *Historias y cuentos de anta-*

ño o *Cuentos de la tía Ansona*. Casi todos procedían de la tradición popular y él los recogió como parte de la educación de sus hijos: *La bella durmiente*, *Caperucita*, *Barba Azul*, *El gato con botas*, *Cenicienta*, *Riquete el del copete*, *Pulgarcito*, *Piel de asno*...

En 1812, los hermanos Grim, reelaboran muchos temas populares, incluso los ya tratados por Perrault, en sus *Cuentos infantiles y del hogar: Hansel y Gretel*, *Blancanieves y Los músicos de Bremen* pasan también a convertirse en héroes infantiles.

Y en 1835, H. C. Andersen completa con sus *Cuentos* la trilogía más famosa de la literatura infantil de Occidente: Recoge también, como sus antecesores temas tradicionales, pero añade algunos de nueva creación: *El patito feo*, *La sirenita*, *La cerillera*, *El soldadito de plomo*, *El vestido nuevo del emperador*... Nuevos o menos nuevos. Recordemos a este respecto que el último de los citados, “*El vestido nuevo del emperador*” o “*Los tejedores engañosos*”, que Andersen señala haber recogido de la tradición popular danesa, estaba ya en *El Conde Lucanor* de D. Juan Manuel con el título de “*El rey con los bur-ladores que hicieron el paño*”...

Casi por las mismas fechas que Andersen, 1843, otro autor, famoso por sus novelas, Carlos Dickens, nos regala sus hermosos *Cuentos de Navidad* y, entre ellos, sin duda, los famosísimos *Canción de Navidad* y *El grillo del hogar*...

Acabo de citar algunos cuentos especialmente famosos de esos autores. Detengámonos brevemente en dos de ellos:

Caperucita: De sus múltiples versiones la primera conocida es la de Perrault, que termina con la victoria del lobo, porque su autor no pretendía que fuera un cuento de hadas, sino una especie de historia que sirviera de moraleja a los niños: “no se debe hacer caso de personas desconocidas”. No obstante, cuando Perrault publicó su historia, en 1697, el cuento ya contaba con una larga tradición: incluso un relato en latín de 1023 en que aparece una niña con un gorro rojo a la que tragan los lobos y luego resucita. Hay otras versiones francesas de la misma, con detalles horribles en que el lobo obliga a Caperucita a comerse la carne de su abuela... Perrault los eliminó porque eran cuentos destinados a la Corte de Versalles. En la versión de los Grimm, en 1812, la preferida por los niños, el lobo se disfraza de abuela, tras comerse a ésta, y a continuación se come a caperucita, pero son rescatadas ambas por el cazador, que raja con un cuchillo el vientre del lobo.

Cenicienta: Uno de los más conocidos, y también de los que se supone un origen más lejano, pues se habla de una versión china del s. IX. d. C. No es extraño este carácter oriental, si pensamos el significado de belleza y distinción que tenían los pies pequeños de las mujeres chinas. Su forma actual se debe a Perrault.

Perrault, Grimm, Andersen... Todos esos nombres aparecen en cualquier historia de la literatura infantil. Pero ¿sólo son éstos? ¿Qué ocurre entonces con otros relatos y personajes que también asociamos con nuestra infancia? ¿Qué hacemos con *Peter Pan*, *Alicia*, *Guillermo*, *Robinsón*, *Gulliver*? Ocurre, claro está, que hay muchos más, aunque no siempre, ya lo dijimos, fueran en su origen cuentos infantiles.

A lo largo del XVIII, XIX y XX se multiplican los cuentos y los héroes infantiles se extienden más allá del simple relato de hadas:

Robinson Crusoe (DEFOE, 1719), *Viajes de Gulliver* (SWIFT, 1726), Nils Holgerson (LAGERLOF), *Bambi* (SALTEN), *Heidi* (SPYRI), *Maya la abeja* (BOLSELS), *Tarzán* (BOURROUGHS), *Kim* (KIPLING), *Tom Sawyer* (M. TWAIN), *Guillermo* (CROMP-

TON), *Alicia en el país de las maravillas* (L. CARROLL), *Peter Pan* (J. BARRYE, 26 de Diciembre de 1904)...

¿Y EL CUENTO INFANTIL EN ESPAÑA?

Podríamos hablar de la Edad Media y las versiones romances de los antiguos apólogos y fabularios (el *Calila e Dimna*, el *Libro de los enxemplos* o el *Libro de los gatos*), o recordar la difusión que tuvieron los del *Conde Lucanor* porque bastantes de sus 50 cuentos son antecedentes de versiones famosas de Andersen (*El rey con los burladores que hicieron el paño*), Shakespeare o Goethe (*Fausto*)... O que ya en 1489 hay una versión de Esopo con el *Isopete historiado*... O que las *Fábulas*, 1750, de Iriarte tuvieron mucho éxito entre los niños aunque no fueran dirigidas a ellos (vid., por ejemplo, *El burro flautista*).

Pero la especialización y difusión del cuento se produce, como en otros países de Europa, a lo largo del siglo XIX, cuando muchos escritores de renombre cultivaron esa especialidad: Fernán Caballero, Hartzenbusch, Valera, Alarcón, Palacio Valdés, Ortega y Munilla... El mismo Galdós escribió un tristísimo cuento navideño, *La mula y el buey*, en 1876, sobre la muerte de una niña llamada Celinina...

Especial interés tiene también el origen de un cuento específicamente español, el del *Ratoncito Pérez*, que visita a los niños cuando pierden sus dientes de leche para dejarles un regalo bajo la almohada: El Padre COLOMA escribió la historia para regalársela a Alfonso XIII cuando tenía 8 años.

Pero, sin duda, la historia del cuento infantil español está indisolublemente unida a la Editorial Calleja que, desde 1876, ha cumplido una tarea fundamental: tarea que el saber popular ha sabido reconocer en su expresión "*tener más cuento que Calleja*". Publica las colecciones más famosas de Perrault, Grimm, Andersen, *Los viajes de Gulliver*, *Robinson*, *Las mil y una noches*...

Ejemplo de su importancia lo tenemos en lo ocurrido con *Pinocho*. Como es bien sabido, este personaje es obra del italiano Collodi (1826-1890); pero quizá lo es menos que gran parte de su fama se debe a España y a la Ed. Calleja; en ella se publican nuevas historias del personaje, dibujadas y escritas por Salvador Bartolozzi, que crea incluso un personaje nuevo, *Chapete*, el enemigo de *Pinocho*. Nada menos que 44 tomos de *Pinocho*. Bartolozzi fue autor, igualmente, de la serie de personajes infantiles *Pipo* y *Pipa*.

Después vendrán, como personajes y cuentos específicamente españoles, *Celia* y *Cuchifritín* de Elena Fortún, *Antoñita la fantástica* de Borita Casas, *Marcelino Pan y Vino* y *La burrita Non* de Sánchez Silva, el ya citado *Chapete* de Bartolozzi, etc.

CUENTOS CONTADOS Y CUENTOS VISTOS

Estoy hablando y recordando en voz alta cuentos y personajes que casi todos los que estamos aquí, es cierto, conocemos. Pero me pregunto ahora si todos los conocemos de la misma manera: Cualquiera de los presentes podría ahora contar la historia de Blancanieves, Peter Pan, La Cenicienta, Aladino, La bella y la bestia... Sí, podríamos contarla todos.

Pero el relato sería, seguramente bien distinto en función de cuál haya sido la forma en que hayamos recibido esa historia por vez primera. Una parte de nosotros, los menos jóvenes, la escuchamos inicialmente de nuestros mayores; otros, los alumnos, probablemente la hayan oído contar también, pero su configuración del relato y de los personajes está fuertemente mediatizada por la imagen, por las películas, el cine, la televisión, el vídeo y hasta la influencia anglosajona:

¿Habéis tratado de convencer a algún niño de hoy de que nuestros *ALADINO* y *JAZMÍN* se llaman así y no *ALADDIN* o *YASMIN*?...

O lo ocurrido con *BLANCANIEVES*, cuento en este caso de raíz europea y luego difundido por otros países, cuyos enanitos eran todos iguales, y no tenían nombre hasta la versión que de la película hizo Walt Disney...

Los mayores, sobre todo los profesores, nos quejamos una y otra vez de que hoy en día los niños y los jóvenes no leen, que no saben historias que nosotros conocíamos desde bien pequeños. Pero, ¿hasta qué punto es eso verdad?

El mundo ha cambiado, cambia constantemente, y nuestros chicos, sin embargo, saben casi todos quiénes son esos héroes infantiles. Ah, me diréis, pero lo saben sin que nadie se los haya contado, los conocen gracias a la televisión y el cine. Es cierto, ya salió la cultura de la imagen, la todopoderosa televisión...

Permitidme una pequeña anécdota personal que ilustra bien lo que digo: Hace unos días, en un estanco, oí a un niño muy pequeño, tres o cuatro años, dirigirse a su padre para decirle que le comprara “el dibujo de Simba”. El padre miraba extrañado, porque no lo encontraba, hasta que comprendió, como todos los que allí estábamos, que el niño se refería a una fotografía de la Cibele, en la que había creído reconocer a Simba, el personaje de la película de *El rey león* que acaba de estrenarse...

Especialistas en literatura infantil, psicólogos y pedagogos convienen en que para que el cuento adquiera todo su valor, es preferible que sea contado o leído. De hecho, tal y como hoy los conocemos, son el resultado de una historia que se ha ido formando a lo largo de los siglos, captando las distintas significaciones y matices que los oyentes les han ido confiriendo. Y, por tanto, todos afirman también que la percepción del cuento por medio de las películas o los dibujos animados no favorece a éste. Los cuentos pierden una gran parte de su significado personal si el niño los recrea no a través de su imaginación sino de la de un dibujante, por bueno que éste sea.

Pero, ¿en qué modifica eso nuestra historia del cuento? ¿No habíamos quedado al principio en que los cuentos se transmitían siempre, de generación en generación, narrados o leídos, pero siempre reelaborados y actualizados en cada época y cada sociedad?

Nuestro siglo ha visto crecer y desarrollarse un nuevo y séptimo arte, el Cine. Y esta nueva creación del espíritu humano ha sabido darse cuenta de la portentosa riqueza de esas historias que fascinaron a nuestros antepasados y siguen entusiasmando a niños y grandes: ¿O no habéis disfrutado vosotros con la espléndida y reciente versión de *La bella y la bestia*?...

Los cuentos se han recibido siempre con emoción porque responden a una necesidad del ser humano, la de experimentar situaciones insólitas o peligrosas. o la de vivir aventuras excepcionales, y todo eso podemos experimentarlo al escuchar, o al leer o al ver los cuentos, porque como decía Menéndez Pelayo “*todo hombre tiene horas de niño y desgraciado del que no las tenga...*”, y eso es lo importante, que sigamos disfrutando de los cuentos...

Que algún día, los niños de hoy puedan hacer suya la entrañable afirmación de Dickens, cuando hablaba de que Caperucita fue su primer amor: “*Tenía la sensación de que, si me hubiera casado con ella, habría conocido la felicidad completa*”.

¿He terminado mi cuento? No, todos sabéis también que hay unas formas específicas, unos finales para los cuentos, y sólo así podremos acabar:

— Y colorín colorao, este cuento se ha acabao.

— Aquí se acabó el cuento, como me lo contaron os lo cuento.

- Y este cuento se ha acabado, y sin nada me he quedado.
- Y aquí se acaba este cuento, con sal y pimienta.

Y, sobre todo, el final que más hemos oído, el que más nos gusta a todos y que mejor se adapta a las fechas que se acercan, sólo que un poco modificado, como corresponde a las circunstancias:

Que seáis felices, que comáis perdices y que los Reyes Magos hagan realidad vuestro cuento preferido...